# EN TORNO A LA LENGUA ESPAÑOLA: UNAMUNO

José Luis Abellán

Estamos inmersos, desde hace ya varios años, en un proceso de recuperación del valor de la filosofía española. Este proceso se inició hacia 1988, de forma consciente, con la puesta en marcha de la Asociación de Hispanismo Filosófico; pasados los treinta años de aquella fecha, hoy puede decirse que "lo que ahora se piensa y escribe en España puede parangonarse con lo más interesante en el mismo campo de la producción europea". Esta afirmación es de Fernando Savater, un autor poco propicio a hacer declaraciones de esa índole; y no sólo dice eso, sino que –saliendo al paso de la opinión que concede poco valor a la filosofía española en nuestra tradición– reconoce textualmente que "quizá en otras épocas esto puede haber constituido un defecto, pero en la era contemporánea constituye más bien un signo de adecuación a la modernidad"[1]. Estas palabras –escritas en unas líneas de presentación al libro de Armando Savignano sobre la filosofía española del siglo XX– reconocen valor filosófico a nuestros místicos, a nuestros ensayistas y literatos reflexivos, a los creadores de símbolos y mitos en su producción novelística y dramática.

Esto ya lo vio Miguel de Unamuno a principios del siglo XX, y por eso conviene ahora acercarse a sus planteamientos cuando tratamos de las relaciones entre la filosofía y las lenguas ibéricas. Este es un problema que se planteó Unamuno siendo muy joven en los inicios de su carrera intelectual. El era vasco, hablaba vascuence y tenía gran afección a la lengua del lugar en que había nacido; tan era así que le dedicó su primer estudio serio cuando le llegó la hora de elaborar su tesis doctoral. Sin embargo, la conclusión que saca de tan detenido estudio es rotunda: "el vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción"; con esta frase inicia su largo

[1]Savater, Fernando, "Saludo", en *Panorama de la filosofía del siglo* XX, Granada, Comares, 2008, p. 14.

ensayo "La cuestión del vascuence", en la que da largas y elaboradas explicaciones de las razones que la llevan a defender tan tajante afirmación (Hoy dudo que hiciera afirmaciones semejantes).

Este escrito mío no pretende tanto darle o quitarle la razón a Unamuno como examinar el trasfondo argumental de esa opinión. Y aunque él está convencido de la incapacidad del *euskera* para expresar un pensamiento moderno con suficiente nivel de abstracción y universalidad, me parece advertir que hay otra razón más de fondo. Sería ésta que el vascuence –como toda lengua regional– tiene una frontera difícil de rebasar, lo que para un pensador como él con vocación de universalidad resultaba inaceptable. Un argumento que se aplica no sólo a la lengua vasca, sino a todas las ibéricas que tienen ese carácter de regionalidad, entre las cuales no sólo cita al catalán sino al aimará, al guaraní, al tibetano, al araucano, al tártaro, etc.

Hay en Unamuno una opción clara por el español, distinguiéndolo claramente del castellano –su origen histórico– e incluso con la pretensión de rehacerlo. Así lo dice: "Hay que hacer el español, la lengua hispano-americana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria"[2]. El protagonismo de la lengua española es la obsesión de Unamuno, y por eso empieza su ensayo "Sobre la lengua española" con esta afirmación: "He utilizado diversas coyunturas para mantener que tiene la lengua castellana que modificarse hondamente, haciéndose de veras española o hispanoamericana, si ha de arraigar a duración en los vastos dominios por los que hay se esparce"[3]. Y ello ha de hacerse sin predominio ninguno del origen histórico de la lengua que ha servido de base a este idioma universal; es ley de vida si partimos de los hechos: "Derramarse hoy la lengua castellana –dice Unamuno– por muy dilatadas tierras, bajo muy diferentes zonas; entre gentes de muy diversas procedencias y que viven en distintos grados y condiciones de vida social; natural es que en tales circunstancias se diversifique el habla. Y ¿por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé forma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrogar Castilla o España el cacicato lingüístico?"[4].

---

[2] UNAMUNO, M. DE, "La reforma del castellano", en *Ensayos*, I, Aguilar, Madrid, 1958; p. 317.

[3] *Ibid.*, *Ensayos,* I, p. 321.

[4] *Ibid.*, p. 325.

El resultado de esta posición es doble. Por un lado, el desprecio hacia el vascuence como lengua de cultura y de comunicación internacional. Por otro lado, su pronunciamiento contra el purismo. Veamos por separado ambos aspectos.

En cuanto al menosprecio del vascuence no proviene tanto de la falta de amor al mismo como de la consideración de su falta de entidad como lengua capaz de remontarse a las alturas de la especulación y el pensamiento. Cuando Unamuno escribe en 1902 su ensayo "La cuestión del vascuence" parece haber acuerdo entre eminentes vascófilos como Arturo Campión y José Mª Azcue en que el eusquera se pierde sin remedio, si bien la diferencia entre ellos y Unamuno es que los citados estudiosos consideran que las causas de dicha pérdida obedecen a factores extrínsecos –presión política, desarrollo económico e industrial, pereza mental–, mientras para Unamuno son factores intrínsecos, es decir, aquellos que están en la misma naturaleza del idioma: falta de aptitud para adaptarse a las condiciones de una reflexión elevada y del desarrollo de la vida moderna. No vamos a examinar con detalle las razones de Unamuno; simplemente dejamos constancia de ellas y afirmamos su predilección sin fisuras por el castellano en que escribió toda su obra.

El pronunciamiento de Unamuno "contra el purismo" ocupa todo un ensayo suyo que dedica al tema con ese mismo título, y es que en la defensa del purismo castellano encontró nuestro vasco un pretexto para justificar el estancamiento espiritual y hasta el más profundo espíritu reaccionario. En cierto momento acusa a dicho purismo de la estrechez y la decadencia que se ha apoderado del pensamiento en lengua española, y así dice: "El más claro testimonio del enorme yermo de decadencia y de ramplona fruslería porque atraviesa el pseudo-pensamiento español contemporáneo, nos lo da la extensión alarmante que van tomando las disputas gramaticales y el insustancial ojeo de gazapos de lenguaje"[5]. Por eso Unamuno defiende los neologismos, los barbarismos y los solecismos, que él convierte en paradojas de la lengua; así pudo construir el pensamiento vivo y original que le dio fama.

Desde este punto de vista, Unamuno se convirtió en un adalid de una nueva lengua española apta para el pensamiento filosófico, actitud que fue continuada después por Ortega y Gasset y el grueso de pensadores españoles que proliferaron durante el siglo XX (Zubiri). En este sentido, podemos considerar que la lengua española ha dado un giro copernicano durante la pasada centuria, convirtiéndose en una de las grandes lenguas universales del mundo.

---

[5] "Contra el purismo", *Ibid.*, p. 407.

Al mismo tiempo que se ha producido esta evolución, hemos asistido también desde 1978 a un cambio radical de las otras lenguas ibéricas que tenemos en la península. Hoy el eusquera, el catalán y el gallego han adquirido carácter co-oficial en las respectivas comunidades donde dichas lenguas se usan, y se ha hecho un considerable esfuerzo muy particularmente con el eusquera, que era en tiempos de Unamuno una lengua casi olvidada. El resultado hoy es que todas esas lenguas se conocen y usan en las respectivas Comunidades Autónomas; incluso, desde el punto de vista filosófico, nos encontramos con que existen traducciones al eusquera de Platón, Aristóteles, e incluso de Kant. El problema, sin embargo, es que esas lenguas, como decíamos al principio, tienen unas fronteras muy marcadas por el espacio territorial donde tienen vigencia. Así como hay muchos estudiantes en el mundo que aprenden el español como segunda lengua extranjera, son una minoría los que aprenden catalán, eusquera o gallego. En otras palabras, son lenguas de uso regional que carecen de la potencialidad necesaria para rebasar los límites territoriales a que se hallan adscritas; es decir, son lenguas sin la dimensión de universalidad necesaria para convertirse en cauces de expresión de mensajes con valor mundial.

Desde este punto de vista, y aunque la situación ha cambiado mucho, sigue teniendo razón Unamuno cuando veía en la lengua española el instrumento lingüístico apropiado para trascender nuestras fronteras. En esto no quisiera confundir, pues no estoy pronunciándome contra el uso de ninguna lengua ibérica en el ejercicio de la filosofía; todo lo contrario, debe potenciarse su uso y ampliarse su difusión, pero no nos engañemos: la transferencia de sus valores a la comunidad internacional debe hacerse a través del español, pues es ésta la lengua franca del libre intercambio intelectual entre nuestros pueblos y países. El español se ha convertido en lo que los griegos llamaban una **koiné,** es decir, un lenguaje apto para la intercomunicación entre comunidades distintas, y en este sentido debe usarse y ampliarse, como ocurrió con el latín durante la Edad Media. Hoy la lengua –vehicular– al menos, en el mundo occidental –es el inglés, pero en el medio hispano e iberoamericano nadie puede dudar que es el español.

La expresión *"pensar en español"* que últimamente se utiliza tanto, debe entenderse en el sentido aquí señalado, y así parece que lo entendió también Unamuno cuando rechaza la definición de filosofía exclusivamente como un enlace dialéctico de pensamientos que explican todo lo existente –*ordo et conexio idearum*– y trata de acercarla a la poética y a la mística, en que tan fecundos han sido los pensadores españoles. Por eso en su ensayo "Sobre la filosofía española" defiende una filosofía española que se escapa a los cánones del escolasticismo y del intelectualismo y se acerca al sentimiento profundo

de la vida expresado "en símbolos, en cantares, en decires, en obras literarias", porque –según su opinión– "la filosofía es la visión total del universo y de la vida a través de un temperamento étnico"[6]. Pero esa expresión está en la lengua española, en tanto que esta es refundición de un sentimiento común. Bienvenidas sean, pues, todas las lenguas ibéricas para refundirse en ese crisol compartido que es la lengua española enriquecida por sus distintos aportes.

[6] "Sobre la filosofía española", *Ibid.*, p. 555.